

CAPÍTULO III

El P. Biasini¹ en Nápoles. — Ministerios durante la cuaresma. — Toma el Siervo de Dios especial cuidado de las cárceles. — Piden colegios en Sora, Bari y San Germano. — Envía el P. Pignatelli misioneros á los lugares de la comarca. — Tráele Dios una alma descarriada. — Proyectos de restauracion en Sicilia. — Espérase en Nápoles al Padre General Grüber. — Su trágica muerte. — Entrada de los Padres en Sicilia. — Entusiasmo con que se los recibe. — Dase principio á los ministerios en la casa profesa. — Observancia regular. — Fervor del Venerable en la novena de Pentecostés. — Eficacia de la obediencia.

1805

Á principios de este año de 1805 llegó á Nápoles el insigne orador P. Biasini, ex-jesuíta. Residió largo tiempo en la corte de Austria, en donde se hizo famoso por su arrebatadora elocuencia. Contó en Nápoles, que los emperadores de Alemania, al despedirse de ellos, le manifestaron los vivos deseos que tenían de llamar á su corte é imperio á la Compañía, á cuyo regreso manifestaron una furiosa oposicion los ministros².

El objeto del P. Biasini era agregarse á los jesuítas napolitanos, como efectivamente lo ejecutó; y el pretexto que tomó

¹ Otros escriben Biagini. En el Catálogo impreso en Roma en 1815, se escribe Biasini.

² P. LUENGO, *Diario*, Tomo 39, pág. 31.

para salir de Viena, fue el predicar la cuaresma en el Jesús Nuevo, que para principios de Marzo debían haber desocupado ya los Padres Conventuales, que en él moraban. Como esto no se hubiese verificado por ocultos manejos de los enemigos de la Campaña, y dichos Padres hubiesen comenzado su cuaresma en aquel templo, pidió la reina que la predicase el P. Biasini en su real capilla, y él no pudo negarse á ello¹. Predicóla en el Jesús Viejo el P. Carlucci; y en la catedral el P. Salvatore, que debía predicarla en el Jesús de Roma; pero el cardenal Ruffo le pidió y obtuvo para Nápoles².

Los tres predicadores de esta cuaresma de 1805 tuvieron numerosos auditorios, agradaron mucho, y merecieron particulares aplausos, como de predicadores de gran fama y de mucho fervor³. Los demás jesuitas, en número de ciento, se ocuparon en hacer misiones en las cárceles y en varias iglesias dentro y fuera de la ciudad, con tan buen suceso y con tanto fruto, que no bastaban para recogerlo en el confesonario todos ellos aun con una suma y constante aplicacion. Mostraban todos un ardiente fervor en enseñar la doctrina cristiana é instruir á todo género de gentes, aun al vulgo más grosero, y en excitarlos y moverlos á una verdadera conversion; y en muchos lo alcanzaron en efecto. Oprimido del trabajo de las misiones murió en la demanda el Padre Ligné, el primero de la Compañía resucitada en Nápoles que voló al cielo⁴.

Al cultivo de los presos destinó los jóvenes escolares, quienes acompañados de algunos Padres iban á consolar á aquellos desdichados, á instruirlos, administrarles los Santos Sacramentos y repartirles las copiosas limosnas que entre semana habían recogido los novicios y los hermanos de una cofradía establecida

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 39, pág. 44.

² *Id.*, *ibid.*, pág. 45.

³ Solía darse al cuaresmero de la capilla real 500 escudos de limosna. El P. Pignatelli de ningún modo quiso recibirlos. (*Process. Romano*, fol. 353.)

⁴ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 39, pág. 98.

al efecto. Los domingos se les llevaba la comida con más solemnidad aún que la acostumbrada en Colorno. Abría la procesion una bandera: seguía una tropa de escogidos jóvenes de las escuelas, de dos en dos, rezando devotamente el rosario y cantando las letanías de María Santísima: llevaban al lado á sus maestros, y detrás algunos Padres del colegio, que con la alforja al hombro recogían por el camino las limosnas que espontáneamente daban los fieles para los pobres presos; y nunca faltaba en aquella devota procesion el P. Provincial con la alforja al hombro y el rosario en la mano, quien solía llamar tanto la atencion, que personas de todas clases se agrupaban para verle, y decían sin poder contenerse: «¡Qué santo varon! ¡Es hermano de la condesa de la Acerra!»

Antonio di Cristóforo, napolitano, que cuando niño fue escolar y frecuentaba las clases del colegio, depone que muchas veces formó parte de la procesion, presidida por el Venerable P. Pignatelli, cuando se llevaba la comida á los presos de las cárceles. Llegada allá la procesion, «los jesuitas,» dice, «entraban, y nosotros, los estudiantes, nos retirábamos¹.» El mismo añade que solía autorizar el Padre con su presencia las academias de los escolares; y los días en que se confesaban, iba el Venerable á la iglesia á oír sus confesiones, no desdeñándose de este ministerio aun siendo Provincial, y desocupándose de otras al parecer más serias y graves ocupaciones para oír en confesion á los niños.

En estas idas á las cárceles sucedieron algunos casos, en que se mostraba la virtud del P. José. Sucedió en una ocasion que advirtiendo el Padre en dos de los maestros no sé qué señales de confusion y vergüenza; para animarlos con su ejemplo y reprimir toda tentacion en sus ánimos juveniles, adelantóse, tomó en la mano la bandera que guiaba la comitiva, y llevóla enarbolada hasta la misma cárcel.

Otra vez, yendo el Siervo de Dios con sus religiosos á la

¹ *Process. Neapol.*, fol. 961.

cárcel, cogióles en el camino un fuerte aguacero. El Padre, sin detenerse por la lluvia, tomó una de las ollas de sopa, y poniéndosela encima de la cabeza, echó á andar con paso ligero hacia la cárcel, á donde llegó todo empapado en agua, y decía: «La caridad no debe sufrir retardo.» Así lo depone Vicente Tucci, natural de Nápoles, que fue recibido para coadjutor en la Compañía por el P. José, y aplicado á la sacristía¹.

En aquel sitio solía escoger para sí el rincón más, obscuro y la gente más abandonada. Instruía, consolaba, oía confesiones, y no salía de allí sin dejar mejorados y socorridos á los que le tocaban en suerte. Su caridad entrañable no le permitía ver las penas de su prójimo sin sentirlas como propias; y así no cesaba de hacer vivas gestiones con los magistrados para aliviar la suerte de los pobres presos, á muchos de los cuales, que lo estaban por deudas, los libertó pagando ó saliendo fiador por ellos.

Supo que en la cárcel llamada «del criminal» estaban detenidos tres jóvenes y condenados á muerte por sus delitos; y al punto envió allá algunos Padres con orden que se remudasen y no los dejaran un instante solos; y no contento con esto, fue él mismo en persona, y con tanta vehemencia y ternura les habló de la bondad y misericordia divina y de la bienaventuranza eterna, que aquellos infelices, olvidándose del alimento material, que el buen Padre les había preparado, estaban pendientes de sus labios y satisfechos con sola la refeccion de sus almas. Aceptaron con resignacion la muerte en descuento de sus culpas; ofrecieron á Dios la ignominia del suplicio; y colgados en la horca, murieron con extraordinarias señales de salvacion y con inefable consuelo del P. Pignatelli, que acompañó sus almas con sacrificios y oraciones.

Al mismo tiempo que esto pasaba en la corte, varias ciudades de provincias instaban por que se les diesen jesuítas para encargarse de algunos colegios. El señor obispo de Sora daba tanta prisa, que á mediados de Marzo fue preciso enviarle un par de

¹ *Process. Neapol.*, fol. 671.

Padres que diesen principio al colegio de aquella ciudad. Otro tanto sucedió tambien con la de Bari, como escriben los Padres Boero y Luengo¹; y en los procesos formados en Nápoles² habla el P. Cutinelli del colegio de San Germano, que debió de abrirse por este tiempo. Á otras ciudades que pedían lo mismo, no fue posible satisfacerlas. Tuvieron, pues, que contentarse por entonces con que algunos Padres misioneros fuesen á predicarles y á avivar el fervor de su fe, que era lo único que en aquellas circunstancias podía hacer el P. Pignatelli.

Envio, pues, en varias ocasiones al P. Luis Mozzi con algunos otros celosos obreros á las ciudades y pueblos circunvecinos, para que con las santas misiones cultivasen á aquellas gentes segun su capacidad; y era de ver cómo á bandadas corrían de todas partes á escucharlos, y con tanto fruto, que sería difícil referir todo lo que obraron aquellos Padres en las misiones dadas una tras otra en Sora, en Pozzuolo, en Ischia, en Maddalona, en Aversa y en Capua. Baste decir, que esparcida la fama de mies tan abundante, muchos arzobispos y obispos de las más remotas provincias del reino escribieron cartas apretadisimas al P. Provincial Pignatelli pidiéndole un par siquiera de sujetos para trabajar en sus diócesis; y aunque no era posible satisfacer á tantos por el pronto, lograron lo que pretendían los prelados de Nola, de Salerno, de Acerra, de Bari y de Conversano, y en todos estos puntos recogieron admirable cosecha los misioneros.

Quiso el rey D. Fernando que una de aquellas apostólicas correrías se hiciese al sitio real de Caserta: asistió él varias veces con la corte á los sermones y ejercicios de mision, quedando tan satisfecho, que al concluirse, llamó á los misioneros, y dándoles infinitas gracias, les dijo que dos cosas le admiraban de nuevo, como ya le habían admirado en la corte: la primera, cómo hombres de edad avanzada y acostumbrados á vivir en libertad, se hubiesen vuelto á poner espontáneamente y tan de buen grado

¹ *Diario*, Tomo 29, pág. 58.

² *Process. Neapol.*, fol. 719.

bajo el yugo de la obediencia y disciplina religiosa, y á trabajar sin tregua ni descanso en tantos y tan varios ministerios; la segunda, cómo un pueblo que en tantos años no los había visto ni oído, conservaba tanta veneracion y respeto para con ellos, y daba muestras de quererlos tanto, y deseaba verlos y oírlos con tanto afán.

No tuvo la modestia de aquellos Padres más respuesta, que decir humildemente, que de lo primero era la causa el amor, el espíritu y la gracia de la vocacion; y de lo segundo, la bondad infinita de Dios, que tiene en su mano, y dirige y doblega como quiere, los corazones y voluntades de los hombres; y que por lo tanto á él solo había que agradecerlo y tributar por ello la gloria.

Así hablaron ellos; pero podían haber añadido que á quien, después de Dios, se debía tanto celo, era á la santa vida del P. Provincial Pignatelli, cuyo ejemplo estimulaba á ir siempre adelante en la vía del divino servicio. Puede con toda verdad decirse, que él en todos y con todos trabajaba; y no solo porque como Superior disponía y gobernaba todas las casas, mas tambien porque en cuanto lo consentían las ocupaciones de su cargo, tomaba parte en las fatigas y obras que se emprendían para bien de las almas. En los días de gran concurso, y siempre que para ello le buscaron, bajaba á confesar en la iglesia; y no fueron pocas las conversiones de pecadores empedernidos que el Señor se dignó obrar por medio del bendito Padre, en algunas de las cuales intervino operacion extraordinaria del cielo, como se ve en el siguiente caso.

Entró cierto día una persona en la iglesia; y poniéndose á mirar por los rincones, vio al P. Pignatelli en su confesonario: acercóse á él, y poniéndose de rodillas á sus pies, hizo una dolorosa confesion de las culpas cometidas durante muchos años, acompañándola con lágrimas y sentimientos de vivísima contricion. Terminada la confesion, y llorando todavía, dijo al Padre, que la causa de la conmocion que sentía, era el haberle iluminado el Señor la noche ántes, dándole á conocer el infeliz estado de su alma, y el habersele presentado después, no sabía si

en vision ó en sueños, un Padre de la Compañía, que por las facciones conocía ser el mismo con quien estaba hablando; y «sentí,» añade, «en lo interior de mi alma una voz que me decía: «Ve cuanto ántes en busca de aquel Padre, y encontrarás remedio de las hediondas llagas de tu conciencia.» Oyó todo esto el Siervo de Dios, y alabó la misericordia divina, animando mucho á aquel feliz penitente, quien desde entonces vivió bien bajo la direccion y con el auxilio del Padre.

No era menor que en Nápoles el ansia con que suspiraban por la Compañía los sicilianos. El rey había ordenado, que los bienes todavía no enajenados se restituyesen á las casas y colegios, que ya se estaban restaurando y habilitando para sus nuevos moradores, los antiguos dueños. Todo se iba ejecutando bajo la direccion del P. Francisco Maria Tomasi, que residía en Palermo, su patria, y á quien había encomendado el P. Pignatelli que agenciase lo prescrito por el rey. Fue menester gran paciencia y emplear mucho tiempo y gran madurez para llevar el negocio á cabo, por las muchas y graves contradicciones que se presentaron sucesivamente.

Estaban los palermitanos generalmente bien dispuestos á aceptar en su seno á la Compañía, y la deseaban con aquel amor y benevolencia, que les mereció siempre desde los días del Santo Padre Ignacio. Pero á algunas personas, que vivían cómoda y tranquilamente con los bienes ó casas de la antigua Compañía, por más que se les asegurase que serían indemnizadas, era muy natural que les doliese muchísimo el tener que soltar la presa y verla pasar á otras manos.

Doliale al P. Pignatelli en el alma el ver que por causa de la Compañía tuviesen que ser molestados los poseedores de los antiguos bienes, tanto más, cuanto que él ya había previsto lo que iba á suceder: sin embargo jamás dio en público la menor señal de que desaprobaba el parecer de los que sintieron lo contrario; ni aun siquiera mostraba satisfaccion, ni mucho menos vanidad; por ver cuán acertado fue su juicio; que en realidad se hubieran evitado todos estos inconvenientes, si se lo hubiese adoptado.

Mostróse firme el rey con los palermitanos; y con tan repetidos y apremiantes decretos urgía la ejecución de sus órdenes, que al fin se allanaron todos los obstáculos, se cerraron los capítulos de la fundación, y pudo el P. Tomasi entrar en posesión de la antiguo casa profesa y del seminario de nobles.

Las nuevas que llegaron á Rusia de los prósperos sucesos de Nápoles y Sicilia, inclinaron el ánimo del P. General Grüber á visitar aquellas Provincias. Así se lo escribió á los Padres napolitanos, notificándoles que aprovecharía el buen tiempo de la primavera para visitar á sus hermanos y conocer personalmente al P. Pignatelli, de quien se servía Dios como de instrumento para obrar aquellas maravillas, y finalmente para dar las debidas gracias á Sus Majestades y á Su Santidad por las pruebas de amor y benevolencia con que distinguían á la orden, cuya cabeza él era.

Es indescriptible el gozo que produjo en todos los Padres la promesa del P. General. Propagóse la noticia con suma rapidez por toda la ciudad, y no se hablaba de otra cosa entre los de la Compañía y sus amigos y bienhechores. Ya se estaba aguardando de un momento á otro la carta, en que se diese el aviso de su próxima llegada, cuando se recibió otra con bien diverso contenido, en que se anunciaba su muerte, que casi pudo llamarse repentina.

El hecho sucedió de esta manera. La noche del 25 al 26 de Marzo de este año de 1805 apenas había comenzado á dormir el P. Grüber, sintió suma dificultad en la respiración. Atribuyóla en un principio á un ataque de asma, enfermedad que desde muchos años padecía. Mas luego advirtió un olor desagradable, y una humareda que le hizo sospechar se había pegado fuego en la casa. Levántase azorado, vístese, corre á la antecámara, donde dormía un criado destinado á su servicio. Este por descuido se había dormido sin apagar una vela que dejó ardiendo sobre la silla: cayó la vela: prendióse fuego en la silla, y de ella pasó á los otros muebles.

El P. Grüber, que en medio de los mayores peligros conser-

vaba la serenidad, tuvo siempre un horror instintivo al incendio. Despertó al joven, pidió auxilio, y por más que los que acudieron le rogaban se retirase, quiso estar presente á la extinción del incendio hasta que el fuego estuvo completamente apagado, lo cual no se consiguió hasta la una de la noche. Afectóle sumamente aquella impresión de horror y le debilitó mucho el trabajo: respiraba con tal dificultad, que su secretario el Padre Tadeo Brzozowski, advirtiendo en el rostro del Padre una palidez de muerte, mandó llamar á toda prisa el facultativo. No había este llegado aún, cuando el General con voz apenas inteligible dijo al P. Secretario: «Déme, Padre, la absolución, que me muero:» y á poco rato, sin perder nada de la serenidad de su espíritu, entregó su alma á Dios pronunciando los dulces nombres de Jesús y de María.

Quedó consternada la comunidad, cuando por la mañana al levantarse tuvo noticia del triste y lamentable suceso ocurrido en aquella noche. En San Petersburgo el dolor y el asombro fue general, mayormente entre la clase elevada. Un rico mercader, Sr. Pierling, ofreció al difunto Padre en testimonio de afecto una riquísima corona mortuoria. Durante los funerales fue tanta la afluencia de la aristocracia á la iglesia de los católicos, que los sacerdotes á duras penas pudieron abrirse paso para llegar al altar, y fue preciso cerrar las puertas para impedir la entrada¹.

Al mismo tiempo que en Rusia moría el P. General, en Nápoles salía una expedición para Sicilia, de donde había escrito el P. Tomasi al P. Provincial Pignatelli, que ya había tomado posesión de la casa profesa y del colegio de nobles, como ántes se ha indicado. Diez y siete eran los Padres sicilianos que habían sobrevivido á la supresión de la Compañía; y estos, reunidos de antemano en Nápoles, salieron con otros dieciséis para Palermo á fines de Marzo de 1805 en compañía del P. Angiolini. No bien llegaron á alta mar, se desencadenó de repente un viento de proa tan furioso, que obligó al jabeque siciliano, en que iban,

¹ P. ROZAVEN, pág. 164. P. ZALENSKI, Tomo II, Lib. V, Cap. II.